

Vázquez, famosa como la hombruna o marimacho del llano. Esta historia le inspira su «Doña Bárbara», novela a la que inicialmente titula «La coronela».

«Doña Bárbara» es editada por Araluce, de Barcelona (España), por cuenta de Gallegos, con una tirada de dos mil ejemplares, que en su mayoría se queda él.

Pero tiene la fortuna de ser elegido, en septiembre, «el mejor libro del mes», por un jurado que, entre otros, estaba integrado por Azorín, Gabriel Miró, Díez Canedo, José M.^a Salaverría y Pedro Sainz.

Con este motivo, Díez Canedo opina: «es la entrada de la literatura hispanoamericana en la edad viril».

Como aproximación al éxito de esta novela basta citar que de ella se llevan hechas 58 ediciones.

¿Qué se propuso Rómulo Gallegos en «Doña Bárbara»? A todas luces, extrapolar la historia local a la historia nacional.

Gallegos viajó por los llanos para documentar el ambiente, mas su propósito no era sólo hacer una novela colorista y rural. Amalgamando lo tradicional y lo moderno, el costumbrismo y la alegoría, se enfrenta de nuevo, sólo que mucho más a fondo, con el duelo, para él obsesivo, de Civilización contra Barbarie. Y consigue algo que Sarmiento ni siquiera se planteó: transformar la antítesis en aproximación.

Al contrario de Reinaldo Solar, Santos Luzardo va creciendo no sólo como personaje sino como hombre, a lo largo del relato.

Se percibe claramente que constituye para Gallegos el retrato del venezolano deseado. Es todo un héroe. Y héroe es para el autor quien aspira a ser dueño de sí y quiere hacer realidad un ideal de justicia.

Es sabido que Rómulo Gallegos gustaba de utilizar simbólicamente los nombres propios. El símbolo es muy claro en Doña Bárbara y también en Santos Luzardo —santa luz—, y por algo se enfrentan.

Haciendo honor a la alegoría de su nombre, Santos Luzardo mantiene una personalidad afirmativa —¡qué distinta de los personajes de la narrativa actual, a menudo sumidos en la negatividad y el desconcierto!— Se trata de un hombre con fe en la cultura y en la superioridad de la ley frente a las ambiciones individuales. La delimitación de los derechos de cada uno en un medio donde sólo se respeta la fuerza, impone a Santos Luzardo una auténtica cruzada que se resume en una idea: la «cerca». La «cerca» es su triunfo y la derrota de Doña Bárbara, de la barbarie.

La limitación del hombre ante los principios, o sea, el reconocimiento de que el derecho de cada uno termina donde empieza el derecho del otro, en este caso materializado en la «cerca», es la labor civilizadora del llano emprendida por Santos Luzardo.

Sus ideales se concretan en el anhelo de acabar con los caciques; luchar contra la naturaleza: la insalubridad, las inundaciones, la sequía y el desierto; poblar. En resumen: destruir las fuerzas retardatarias de la prosperidad del llano.

La plasmación del sueño de Santos Luzardo de una Venezuela próspera y sin violencia está maravillosamente expresada en el capítulo «Algún día será verdad».

No obstante, la violencia ambiente es tan fuerte que tal vez la batalla mayor de Santos Luzardo estriba en resistir a que la barbarie se apodere también de él, cosa que

en algún momento sucede, como en un enfrentamiento con los Mondragón, donde a su vez actúa con violencia.

El resto de los personajes asumen su parte simbólica:

Doña Bárbara personifica el lado malo del llano: la brutalidad y la superstición.

Marisela se convierte en un nuevo ser por la acción educadora de Santos Luzardo.

Mister Danger —peligro— es el extranjero que se aprovecha de las riquezas de Venezuela mientras desprecia a los venezolanos.

El lado bueno del llano está encarnado en la hombría de bien de los Sandoval y en el depósito de tradiciones de la cultura popular.

El realismo mágico —ya decía don Juan Valera: «lo fantástico no se puede excluir de la novela»— aparece continuamente en los espantos de la sabana, las culebras luminosas o el caimán encantado, hechos fantásticos integrados en la cotidianeidad llanera.

La denuncia política —«Doña Bárbara» tiene más preocupación política que social— se dirige a la repulsa de los alzamientos —¿para qué modernizar la ganadería?, ¿para que se la coman los revolucionarios?: cuanta más carne sabrosa, más revoluciones— y a la descripción de las cualidades que necesita un jefe civil como Ño Pernalete: ignorancia absoluta, temperamento despótico y un grado adquirido en correrías militares.

Se ha dicho que «Doña Bárbara» encarna el conflicto de toda Iberoamérica. Pero lo que sí representó en su momento fue la aspiración ideal de cuanto querían para Venezuela los que se enfrentaban a Juan Vicente Gómez. Por eso fue leída en las cárceles.

No obstante, este papel agitador —o tal vez por ello: Juan Vicente Gómez era cazurro pero astuto—, el dictador nombró a Rómulo Gallegos en 1930 senador por el Estado de Apure. Rómulo Gallegos no acudió nunca a su escaño y renunció a él.

Años de exilio: la preocupación social

En 1931 se exilia voluntariamente. En Nueva York escribe «Cantaclaro», «Canaima» y parte de «Pobre negro», las dos primeras publicadas en España.

«Cantaclaro» es la segunda novela de los llanos, «escuela donde se forman los hombres».

Si seguimos buscando el galleguiano valor simbólico de los nombres podría decirse que Cantaclaro es el que canta a la intemperie. El que habla claro no puede ser porque Florentino Coronado, Cantaclaro, es más fabulador que testimonial.

Cantaclaro, o Florentino Coronado, es un verdadero llanero. Se distingue por su desmedido amor a la libertad, su temeridad en el juego, su esplendidez como parrandero y su generosidad como amigo.

La filosofía que inspira su vida queda reflejada en dos comentarios y una copla: «Yo no hago negocios con los apuros de otro».

«Las cosas no son de su amo, sino de quien las necesita.»

*«Dos cosas hay en el mundo
que no sirven para viajar:
la plata, por lo que pesa,
y el no quererla gastar.»*

En la obra literaria de la parte más prolífica de la vida de Rómulo Gallegos, se registra un ascenso en el testimonio social. Acabamos de señalar que «Doña Bárbara» tiene más preocupación política que social. «Cantaclaro», por el contrario, acusa más lo social que lo político. «Canaima» es la más denunciadora de las tres.

En «Cantaclaro» aparece la miseria: niños con piojos, niguas y sabañones. Peones explotados: «los dueños de los hatos los tiranizan como a esclavos o como a bestias, mal pagados y peor tratados». Juan el veguero sólo ve crecer su deuda en la pulpería.

Esto es lo que acaba con Cantaclaro: «¿Cómo es posible que yo ande cantando por la tierra donde suceden estas cosas?»

Para que no sucedan, hay que superar la barbarie, el caudillismo, el culto al hombre-macho y la superstición.

Venezuela necesita canalizar la «rabia heroica» y el «candoroso idealismo» —dos fuerzas «muy nuestras»—, en un impulso constructivo que incluya «leyes severísimas, sanciones ejemplares y una mano limpia». Venezuela no está para «paños calientes, sino para hierro de cirujano».

Como ni Cantaclaro ni Doña Bárbara responden a este ideal, los dos desaparecen sin dejar rastro: a Florentino «se lo llevó el Diablo», doña Bárbara parte en un bongo, en la noche, Arauca abajo.

Marcos Vargas, aunque de otro modo, también desaparece. Es el destino que corresponde a una «esperanza fallida».

«Canaima» es la novela de la selva y del inmenso Orinoco y sus afluentes. Su título no corresponde a ningún símbolo, sino al nombre que los indios dan al maligno, a lo demoníaco sin forma determinada. El ser humano es el resultado del forcejeo entre Canaima, el mal, y Cajuña, lo fecundante, la vida.

Marcos Vargas es un inadaptado, regresivo en cuanto civilizado, un antihéroe, porque no asume el destino que se le ofrece de redentor social.

El aspecto social ocupa un mayor relieve en esta novela. Por sus páginas discurren los peones que trabajan en el caucho y en el oro, con tintes equiparables a cualquier otra novela de explotación. Junto a ellos, los negros «menos que personas» y los indios, sumidos en los «abismos de su infinita tristeza», sometidos por el odio y el temor hacia el blanco al que, por puro sarcasmo, se le denomina como «racional».

También en «Canaima» Rómulo Gallegos llega más lejos en el diagnóstico de los males venezolanos. No se trata sólo de Barbarie —violencia, dictadura, caudillismo—. Existe, además, el monopolio de la riqueza en manos extranjeras y un sistema abusivo de controlar el trabajo.

«Canaima» fue prohibida por Juan Vicente Gómez. La razón fue sentirse aludido en la frase que le dice Manuel Ladera a Marcos Vargas al mostrarle un toro llevado al

sacrificio: «Ahí tiene la historia de Venezuela: un toro bravo, tapaojeado y nariceado, conducido al matadero por un burrito bellaco».

Marcos Vargas ama la aventura, es parrandero y macho violento que se encuentra a sí mismo cuando mata a Cholo Parima.

Se convierte en antihéroe cuando, después de su experiencia como buen patrón y de su decidida simpatía hacia los humildes, en vez de lanzarse a la lucha abierta contra la iniquidad, se deja ganar por el fatalismo y se pone a vagar sin objeto. Ya sólo le queda ser confundido con Canaima, hablar con los árboles y transformarse en uno, símil mágico de su pasiva actitud vital.

El contrapunto lo ofrece Gabriel Ureña con su renuncia a la violencia, su falta de interés en demostrar hombría según el uso, la vida abierta hacia el porvenir, con paz en el alma y fe en que la civilización triunfa sobre la barbarie.

Por eso no se convierte en árbol, sino que recibe con generosidad los frutos del trabajo y Marcos Vargas le envía a su hijo para que lo eduque. Es su redención. Que su hijo, mestizo, conquiste un futuro cimentado en la cultura. Que en él triunfe Cajuña sobre Canaima.

Esta misma idea parece posible a la muerte de Juan Vicente Gómez, en 1935. El general López Contreras, al asumir la presidencia de la República, nombra a Rómulo Gallegos ministro de Instrucción Pública. Permanece en el cargo tres meses. Hay demasiadas reliquias «gomecistas» en la vida pública venezolana.

Sin embargo, no puede sustraerse al imperativo de estar presente, de no eludir responsabilidades —ni Reinaldo Solar, ni Marcos Vargas—. No en vano, Cecilio el viejo —¡cuánto de Rómulo Gallegos en él!— se preguntaba en «Pobre negro»: «¿Podrá o no podrá seguir existiendo este país?», al tiempo que afirmaba: «Cuando yo digo democracia no me refiero a un simple sistema político, uno más para mañana entre el polvo de los siglos, sino a la posibilidad viviente de todas las hermosuras humanas que encierra el realmente dramático y tremendo corazón del pueblo».

La lucha política: la presidencia y nuevo exilio

Así inicia su vida política activa como Diputado de la oposición en el Distrito Federal.

En 1941, es presidente del Concejo Municipal de Caracas y el Partido Democrático Nacional le propone para la presidencia de la República.

Seguramente por la necesidad de echar el vino nuevo en odres nuevos, en este mismo año funda el Partido de Acción Democrática, cuya presidencia ostentará hasta 1948.

En 1947 gana las elecciones y es elegido presidente de Venezuela. Toma posesión el 15 de febrero de 1948. Solamente estará nueve meses en el poder.

Consecuente con la idea de que las riquezas venezolanas deben ser para los venezolanos, sube los impuestos del petróleo en un 50 por 100. Ese día firma su final como presidente. Los intereses petroleros lesionados animan un golpe militar que, encabezado por Pérez Jiménez, Delgado Chalbaud y Llovera Páez, le derroca el 24 de noviembre.